

Conquistar la pandemia del miedo

“Busqué al SEÑOR, y él me respondió y me libró de todos mis temores.”

— Salmo 34:4 —

(Versión estándar de la Biblia en inglés o “ESV”)

La palabra "pandemia" no es un término que se haya utilizado con frecuencia en la historia reciente. Se deriva del griego *pan*, que significa "todos," y *demos*, que significa "gente." Una pandemia se define como una epidemia de una enfermedad que se ha extendido por una gran región, como varios continentes, o por todo el mundo. Durante el siglo pasado, ha habido una serie de pandemias relativamente pequeñas, pero la última de gran importancia a nivel mundial y, de hecho, la más mortal de todas las conocidas en la historia, según algunos, fue la pandemia de la gripe española de 1918. Infectó a unos 500 millones de personas en todo el mundo, lo que provocó entre 20 y 100 millones de muertes, según se estima, incluidos unos 675.000 estadounidenses.

El uso previamente esporádico del término "pandemia" llegó a un abrupto final el 11 de marzo de este año, cuando la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró al COVID-19, también conocido como “coronavirus,” como pandemia mundial. A principios de

junio, los casos en todo el mundo se estimaron en más de 6.2 millones, con más de 375,000 muertes declaradas. Estos números, por supuesto, cambian a diario y serán más altos durante las próximas semanas.

Otro tipo de "pandemia" que está comenzando a afectar al mundo entero como consecuencia del COVID-19 es el impacto económico asociado al cierre de la mayoría de los negocios y los servicios no esenciales. Esto se ha considerado necesario para frenar la propagación del coronavirus, hasta que, se espera, esta enfermedad altamente infecciosa termine de transcurrir y la cantidad de nuevos casos muestre una disminución constante. Los gobiernos y los bancos centrales de todo el mundo están inyectando billones de dólares en la infraestructura económica, a fin de ayudar a mantener a flote a las compañías y las personas hasta que las consecuencias financieras a largo plazo de esta pandemia disminuyan.

Todavía hay una tercera "pandemia" asociada a la situación mundial actual: la pandemia del miedo. Se ha ido extendiendo por los sentimientos de preocupación, incertidumbre y ansiedad en el corazón y la mente de gran parte de la población. Existen inquietudes con respecto al virus en sí. ¿Lo contraeré yo o alguno de mis seres queridos? Si es así, ¿cuáles son las posibilidades de recuperación? ¿Cuándo habrá una vacuna disponible? Luego, están la incertidumbre y la ansiedad económicas. ¿Seré despedido de mi trabajo? ¿Podré seguir pagando mis facturas? ¿Tendré la capacidad de alimentar a mi familia? Muchos seres humanos tenemos estas y una serie de otras preguntas e inquietudes en nuestra mente.

Como miembros de la población general, tenemos poco o ningún control individual sobre el aspecto de la salud de la pandemia, con la importante excepción de que seguimos todas las pautas recomendadas asociadas a la prevención de la propagación del virus. También es muy probable que tengamos poco control sobre el aspecto económico de la pandemia, con la excepción de que debemos administrar con el mayor cuidado posible el suministro de las necesidades de vida tanto para nosotros como para nuestras familias.

Sin embargo, podemos atacar y conquistar la pandemia del miedo, no con nuestras propias fuerzas ni con la sabiduría carnal, sino al reivindicar las garantías y las promesas de la Biblia, proporcionadas a aquellos que ponen su fe implícita en Dios. A lo largo de las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, se encuentran múltiples garantías inspiradoras y promesas que conquistan el miedo. El libro de los Salmos, en particular, es un tesoro lleno de dichas promesas para aquellos que ponen su confianza en Dios. En las siguientes páginas de nuestra lección, veremos tres pasajes de los Salmos. Deseamos que esto nos fortalezca espiritualmente mientras buscamos consuelo y paz en el Señor.

SALMO 34:3-8

“¡Oh, engrandezcan al SEÑOR conmigo, y exaltemos su nombre juntos! Busqué al SEÑOR, y él me respondió y me liberó de todos mis temores. Los que lo miran están radiantes, y sus rostros no se verán nunca avergonzados. Este pobre hombre

clamó, y el SEÑOR lo escuchó y lo salvó de todos sus problemas. El ángel del SEÑOR acampa alrededor de los que le temen y los rescata. ¡Prueben y vean que el SEÑOR es bueno! ¡Bendito el hombre que se refugia en él!” (ESV)

En este Salmo, David afirma que una de las razones por las que debemos exaltar el nombre del Señor es el hecho de que él nos libera de todos nuestros temores. Cuán apropiado, como se dice aquí, que todos los que aman a Dios y tienen fe en sus promesas lo engrandezcan, porque, ciertamente, no hay ninguno de nosotros que no haya sido liberado de un tipo de temor u otro. El apóstol Juan declara que "el temor tiene un tormento." (I Juan 4:18) El miedo esclaviza, como una pesada cadena, que lo deja a uno sin poder hacer lo que de otro modo desearía. Puede haber poca paz o alegría en un corazón que está lleno de miedo.

“Los que lo miran están radiantes,” continúa David, “y sus rostros no se verán nunca avergonzados.” La fuerza de la expresión “los que lo miran” se fortalece al contrastarla con la idea de mirar dentro de nuestras propias fuentes de fuerza o de mirar al mundo que nos rodea con la esperanza de ser liberados de nuestros miedos.

No tiene mucho sentido mirarnos a nosotros mismos, porque somos demasiado débiles. Si tenemos una estimación adecuada de nuestra propia fuerza, temblaremos cuando pensemos en nosotros mismos. Sin embargo, cuando miramos al Señor, somos fuertes en su poder. Cuán correcta es la advertencia: "Manténganse fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza." (Ef. 6:10)

En otro lugar, el apóstol Pablo dijo, con respecto a sus propias experiencias: “Cuando me siento débil,” según la carne, “es cuando más fuerte soy” en el Señor. (II Cor. 12:10) De hecho, es en la fuerza de Dios, y no en la nuestra, que podemos vencer el miedo.

Mirar el mundo que nos rodea es insuficiente del mismo modo para combatir nuestros miedos, ya que notamos la confusión, la incertidumbre y la perplejidad que se manifiestan en todas partes. La pandemia del miedo que se apodera de las masas de personas y naciones en la actualidad se ve agravada por el hecho de que hay algunos que parecen promover y fomentar su influencia en la sociedad, en lugar de intentar dar un mensaje de esperanza o aliento. Sin embargo, si miramos al Señor y a su Palabra, encontraremos una fuente de esperanza y consuelo en la que, como dice David, “no nos veremos nunca avergonzados,” ni decepcionados. El apóstol Pablo escribe que tenemos una esperanza que “no avergüenza; porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones.” (Rom. 5:5)

El salmista habla de un “pobre hombre” que clamó al Señor y nos dice que fue salvado de sus problemas. Podríamos pensar en un pobre hombre como alguien que tiene una gran necesidad de ayuda y que, además, se da cuenta humildemente de su necesidad. Jesús habla de los que son “pobres de espíritu,” y es a estos a quienes el Señor les da su fuerza y su bendición. (Mat. 5:3) Uno podría ser muy pobre en lo material, pero ser orgulloso de espíritu y altivo. Aquellos que tienen esta actitud no disfrutaban del sol del favor y la bendición de Dios. Por el contrario, todos los que tienen una mente humilde, sin importar si son ricos o pobres en cosas

materiales, están con una actitud adecuada para recibir la misericordia y el amor del Señor.

“El ángel del SEÑOR acampa alrededor de los que le temen [veneran] y los rescata,” escribe David. Jesús, al hablar de los que verdaderamente veneran al Señor, dijo: "Sus ángeles siempre contemplan el rostro de mi Padre que está en los cielos." (Mat. 18:10) El apóstol Pablo, al hablar de los santos ángeles, escribió: "¿No son todos ellos espíritus enviados con la función de servir a los que heredarán la salvación?" (Heb. 1:14) De estos textos, parece muy probable que cada uno de los fieles del Señor esté bajo el cuidado especial de uno o más de los santos ángeles.

El ángel del Señor "acampa" a nuestro alrededor. No es un cuidado intermitente lo que se ejerce, sino una vigilancia constante. Estos mensajeros celestiales nos vigilan a cada minuto del día y de la noche. No evitan que seamos puestos a prueba, lo cual es bueno para nuestro crecimiento y desarrollo espiritual. Más bien, ayudan a garantizar que no nos suceda nada, excepto lo que contribuirá a nuestro desarrollo en la semejanza del carácter de Jesucristo y, por lo tanto, será lo mejor para nuestro bienestar eterno.

No debemos limitar esta promesa solo al cuidado que los seres espirituales ejercen sobre nosotros. El término ángel, como se usa en las Escrituras, se refiere a “mensajero” y tiene un significado lo suficientemente amplio como para incluir cualquier elemento que Dios pueda usar para nuestra bendición. Incluso las cosas inanimadas o las circunstancias de la vida pueden ser utilizadas por él como “mensajeras” para nuestro bien. De hecho, tenemos la promesa de que

“todo colabora al bien de los que aman a Dios, de los que han sido elegidos conforme a su designio.” (Rom. 8:28)

“¡Prueben y vean que el SEÑOR es bueno! ¡Bendito el hombre que se refugia en él!” David pareció darse cuenta de que no todos, incluso Israel, habían descubierto realmente la bondad del Señor, por lo que extiende una invitación a "probar y ver." Esto, por supuesto, es un lenguaje simbólico. Significa que debemos colocarnos en una posición de confianza en la que podamos experimentar el cuidado del Señor sobre nosotros. Ese lugar, o esa posición, que David describe en otro salmo es "el lugar secreto del Altísimo." (Sl. 91:1) Solo aquellos que humildemente habitan "el lugar secreto" del cuidado de Dios están en posición de conocer por experiencia, de "probar" y "ver" su bondad. Benditos, en verdad, los que así se refugian en él.

SALMO 37:3-6

Confía en el Señor y haz el bien, habita esta tierra y sé fiel. Deléitate en el SEÑOR, y él te dará cuanto pidas. Encomienda tu camino al Señor, confía en él, y él actuará. Hará resplandecer tu justicia como la luz y tu rectitud como el mediodía.”

Aunque estas palabras de David ciertamente se aplican a aquellos que, en el presente, se esfuerzan por seguir los pasos de Jesús, también se realizarán en el futuro de una manera grandiosa con respecto a las bendiciones que vendrán para "todas las naciones de la tierra." (Gen. 22:18) La declaración del salmista es solo una de las muchas promesas contenidas en el Antiguo

Testamento, así como en el Nuevo, que tendrán su cumplimiento final en el trato de Dios con la humanidad durante su reino, que pronto se establecerá sobre la tierra. Jesús nos enseñó a orar por ese momento, al decir: “Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra.” (Mat. 6:10)

David dijo: “Confía en el Señor y haz el bien, habita esta tierra y sé fiel.” Parecería correcto decir que la primera aplicación de esta promesa fue al Israel natural, y que la “tierra” a la que se refería era la tierra que el Señor les dio para que habitaran como nación. (Deut. 11:31) Sin embargo, habrá un mayor cumplimiento de esta promesa durante el reino de Dios, bajo el justo gobierno de Cristo. (Apocalipsis 20:6) Entonces, todos los que confían en el Señor y hacen el bien habitarán la tierra, la Tierra. Más adelante en este mismo salmo, David declara al respecto: “Los justos heredarán la tierra, y habitarán en ella para siempre.” (Sl. 37:29).

Volvemos al versículo 4: “Deléitate en el SEÑOR, y él te dará cuanto pidas.” El "deseo de todas las naciones se hará realidad," escribe otro profeta. (Hag. 2:7) Es cierto, por supuesto, que el Señor hace realidad los deseos del corazón de los que se esfuerzan por servirle en la actualidad, en la medida en que estén en armonía con los propósitos del Señor para su mayor beneficio espiritual. Sin embargo, en nuestro texto, la aplicación principal parece ser los legítimos deseos terrenales del mundo de la humanidad durante el tiempo en que están siendo restaurados a la perfección humana bajo el reino de Cristo.

Para poder participar en las bendiciones bajo el reino, las personas tendrán que dedicarse a hacer la voluntad de Dios. De ahí la advertencia adicional de David: “Encomienda tu camino al Señor; confía en él.” Nadie obtendrá la vida eterna sobre ninguna otra base que la de encomendar totalmente su camino al Señor con un espíritu de plena dedicación y confiando en su sabia guía e instrucción. Aquellos que tomen estos pasos durante el reino de justicia venidero descubrirán que Dios ciertamente “lo hará realidad,” es decir, les concederá los deseos de sus corazones.

Su justicia se manifestará "como la luz," continúa David. Este pensamiento parece estar en contraste con las experiencias del pueblo de Dios durante esta era actual de pecado, sufrimiento y muerte. Ahora bien, los piadosos a menudo son perseguidos y, de acuerdo con las normas de este mundo, su conducta es despreciada y ridiculizada con frecuencia. Si bien dejan brillar su luz, la mayoría de las personas no los entienden. Sin embargo, será diferente en el reino venidero de Cristo. Entonces, resplandecerá la justicia de los que encomiendan su camino al Señor. Será vista, apreciada y respetada por todos los que anden de manera similar por la “autopista” que conduce a la santidad. (Isa. 35:8)

SALMO 46:1-3

“Dios es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda muy presente en los problemas. Por lo tanto, no temeremos aunque la tierra ceda, aunque las montañas se trasladen al corazón del mar, aunque sus aguas bramen y espumen, aunque las montañas

tiemblen con su enojo.” (ESV)

Este es otro salmo reconfortante de confianza, y uno que tiene una aplicación especial en este momento particular, cuando las instituciones de esta era actual están siendo sacudidas, en preparación para el reino de justicia de Dios, una nueva era, que pronto se establecerá para la bendición de todas las familias de la tierra. "Dios es nuestro refugio y fortaleza, una ayuda muy presente en los problemas," escribe el salmista, y los versículos que siguen indican claramente que el "problema" al que se refiere es el mismo que el profeta Daniel describe como un “tiempo de angustia, como nunca lo había habido desde que hubo una nación.” (Dan. 12:1)

Es cierto, por supuesto, que el Señor es una “ayuda muy presente” para su pueblo en todos sus problemas. Él los guía, fortalece y consuela en cada momento de necesidad. Él calma sus miedos y los guía en tiempos de incertidumbre. Durante este período, en especial, todo lo que puede sacudirse está siendo sacudido. (Heb. 12:26,27) Los que se esfuerzan por mantener su fe y confianza en el Señor tienen una necesidad especial de protección y cuidado, y este salmo les promete que esta necesidad será suplida.

Es porque esto es cierto que las palabras del próximo versículo son tan adecuadas: "Por lo tanto, no temeremos aunque la tierra ceda, aunque las montañas se trasladen al corazón del mar." Es un lenguaje altamente simbólico y describe la remoción de este “mundo malo actual,” que está bajo el gobierno de Satanás, el "dios de este mundo." (Gálatas 1:4; II Cor. 4:4) Jesús predijo los problemas relacionados con esto en un lenguaje similar.

Dijo que habría sobre la tierra una “angustia [griego: *agarrarse juntos fuerte*] de las naciones, con perplejidad [griego: *sin salida*],” y que los corazones de los hombres estarían “fallando por miedo,” mientras veían las cosas que venían a la tierra. Jesús también ilustró este tiempo de angustia y temor con el símbolo del “mar y el rugido de las olas.” (Lucas 21:25,26).

En la actualidad, la mayoría de los seres humanos que no conocen el significado de los acontecimientos actuales y no tienen la seguridad de un resultado feliz están llenos de miedo. Sin embargo, si tenemos fe y confianza en Dios, y en el pronto establecimiento de su reino de justicia aquí sobre la tierra, “no temeremos.” En lugar de temer, nuestro corazón se regocija, no por el problema, sino porque sabemos por las promesas de la Palabra de Dios que este tiempo de temblores y gran angustia pronto cumplirá el propósito divino de Dios. Entonces, se marcará el comienzo de una era durante la cual todo el sufrimiento de la humanidad será eliminado. “Dios secará toda lágrima de sus ojos; y no habrá más muerte, ni tristeza, ni llanto, ni habrá más dolor; porque las cosas anteriores habrán pasado.” Entonces, el tabernáculo de Dios, su morada, estará “con los hombres, y Él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios.” (Apocalipsis 21:3,4)

Aunque no lo sabemos con ningún grado de certeza, es probable que la actual pandemia de coronavirus continúe al menos hasta principios del verano, y la pandemia económica resultante, probablemente, dure más. Sin embargo, si ponemos toda nuestra fe y confianza en el Señor, sus caminos, su

voluntad y su plan, tal como se nos presenta en las Escrituras, podemos librarnos de la pandemia del miedo. Por lo tanto, podemos permanecer de manera continua en el "lugar secreto del Altísimo." Es nuestra más sincera plegaria que esto así sea para todos nosotros.